
1

Mi abuelo fué el padre Rufino de la Concepción, licenciado en teología, prior de Amendoeira y autor de una devota *Vida de Santa Filomena*.

Mi padre, ahijado de Nuestra Señora de la Asunción, se llamaba Rufino de la Asunción Raposo, y vivía en Evora con mi abuela, Filomena Raposo, por mal nombre la «Repolluda», confitera en la calle del Lagar dos Dizimos. Mi padre tenía un empleo en correos y escribía por gusto en *El Farol de Alemtejo*.

En 1853, un eclesiástico ilustre, don Gaspar de Lorena, obispo de Chorazín, que es en Galilea, vino á pasar el San Juan en Evora, invitado por el canónigo Pita, á cuya casa solía ir mi padre algunas noches. Por deferencia hacia los dos sacerdotes, mi padre tocó el violón y publicó en *El Farol* una crónica laboriosamente espigada en el *Peculio de Pregadores*, felicitando á Evora por la dicha de abrigar sus muros al insigne prelado don Gaspar, faro refulgente de la iglesia y preclarísima torre de santidad. El obispo de Chorazín recortó aquel pedazo del *Farol* para guardarlo entre las hojas de su breviario; y todo en mi padre comenzó á agradecerle, desde el aseo de su ropa blanca, hasta la gracia llorosa con que él cantaba, acompañándose

de un violón, la tonadilla del conde Ordoño. Pero cuando supo que aquel Rufino de la Asunción, tan moreno y simpático, era el hijo carnal de su viejo amigo Rufino de la Concepción, compañero de estudios en el seminario de San José y en los claustros de la Universidad, su afecto por mi padre hizose extremoso. Antes de partir de Evora le regaló un reloj de plata; y por su influencia, después de pasar algunos meses como pretendiente en la aduana de Oporto, fué nombrado, escandalosamente, administrador de la aduana de Viana.

Los manzanos se cubrían de flor cuando mi padre llegó á las vegas suaves de Entre-Miño y Lima. En aquel mismo mes de Julio conoció á un caballero de Lisboa, el comendador G. Godiño, que estaba pasando el verano con dos sobrinas, junto al río, en una quinta llamada el Mosteiro, antiguo solar de los condes de Lindoso. La más vieja de aquellas señoras, doña María del Patrocinio, usaba anteojos oscuros é iba todas las mañanas de la quinta á la ciudad, en un borriquillo, con un criado de librea, para oír misa en la iglesia de Santa Ana. La otra, doña Rosa, regordeta y trigueña, tocaba el arpa, sabía de memoria los versos de «Amor y melancolía», y pasaba horas enteras á la orilla del agua, bajo la sombra de los abedules, arrastrando su vestido blanco sobre la hierba para hacer ramos de flores silvestres.

Mi padre comenzó á frecuentar el Mosteiro. Un guarda de la Aduana le llevaba el violón, instrumento que tocaba con cierta maestría; y cuando el comendador y otro amigo de la casa se embebecían en la acostumbrada partida, y doña María del Patrocinio rezaba el trisagio en el otro piso, mi padre, en el gran balcón de piedra, al lado de doña Rosa, de cara á la luna, redonda y blanca sobre el río, hacía gemir en el silencio los bordones y decía las tristezas del conde Ordoño. Otras veces jugaba la partida; entonces doña Rosa se sentaba al lado de su tío con una flor en los cabellos y un libro caído en el regazo; en tales

momentos mi padre sentía la caricia estremeceadora de aquellos ojos pestañudos.

Se casaron. Yo nací en la tarde del sábado de Pasión y mi madre murió al estallar en la mañana alegre los cohetes del Aleluya. Descansa cubierta de alelies en el cementerio de Viana, en una avenida junto al muro, húmeda bajo la sombra de los llorones, donde ella gustaba de ir á pasearse en las tardes de verano vestida de blanco, con su perrita de lanas que se llamaba *Traviata*.

El comendador y doña María no volvieron al Mosteiro. Yo crecí; tuve el sarampión; mi padre engordaba; su violón dormía olvidado en un rincón de la sala, metido en una funda de franela verde. Un día muy caluroso de Julio, mi niñera Gervasia me vistió el pesado traje de terciopelo negro; mi padre puso una gasa en el sombrero de paja; era el luto del comendador G. Godiño, á quien mi padre llamaba muchas veces entre dientes «majadero».

Después, en una noche de carnaval, mi padre murió de repente, víctima de una apoplejía al descender la escalera de piedra de nuestra casa, disfrazado de oso para ir al baile que daban las señoras de Macedos.

Entonces tenía yo siete años. Me acuerdo de haber visto al otro día, en la escalera de nuestra casa, una señora alta y guesa, con mantilla de rico encaje negro, sollozando ante las manchas de sangre de mi padre, que no habían sido lavadas y secaban sobre las piedras. A la puerta, una vieja, arrebujada en un manto de bayetilla, esperaba rezando.

Las ventanas de la fachada de la casa fueron cerradas; en el corredor oscuro, sobre un banco, fué colocado un candelero de bronce que apenas se veía en la sombra con su luz de capilla, humosa y mortal. Venteaba y llovía. Por la vidriera de la cocina, mientras Mariana, lloriqueando, abanicaba el fuego, yo vi llegar al hombre que traía á cuestras el ataúd de mi padre. Bajaba por el camino de Nuestra Señora de la Agonía. En la cima fría del

monte, la capilla de la Virgen, con una cruz negra, parecía más triste todavía, blanca y desnuda entre los pinares, casi sumergida en la niebla; y más adelante, donde están los peñascales, gemía y rodaba sin descanso una gran torrentera de invierno. Por la noche, en el cuarto de la plancha, mi niñera Gervasia me sentó en el suelo, envuelto en un pañolón. De vez en cuando rechinaban en el corredor las botas de Juan, el guarda de la aduana que andaba sahumando la casa. La cocinera me trajo unas sopas con un huevo. Me adormecí: luego halléme caminando á orillas de un río claro, donde los chopos, ya muy viejos, parecían tener un alma y suspiraban; y á mi lado iba andando un pobre desnudo, con dos llagas en los pies y manos: era Jesús, Nuestro Señor.

Días después, me despertaron una madrugada en que la ventana de mi cuarto, bañada en sol, resplandecía prodigiosamente como un anuncio de cosa santa. Al lado de la cama, un hombre risueño y gordo, me hacía cosquillas en los pies con ternura y me llamaba «bribonzuelo». Gervasia me dijo que era el señor Matías que iba á llevarme para muy lejos, para la casa de la tía Patrocinio; y el señor Matías, con la cara suspensa, contemplaba espantado las medias rotas que me calzaba Gervasia. Arrebujáronme en una manta cenicienta que había sido de mi padre, y Juan, el guarda de la aduana, me llevó en brazos hasta la puerta de la calle, donde estaba una litera con cortinas de hule. Comenzamos entonces á caminar por largas carreteras.

Aun medio adormecido, yo sentía las lentas campanillas de los machos. El señor Matías, sentado frente á mí, me hacía de vez en cuando una fiesta en la cara murmurando:

—Ya llegaremos.



Una tarde, al obscurecer, paramos de repente en un sitio yermo donde había un lodazal; el lite-

rero, furioso, juraba, haciendo restallar el látigo. En rededor, doliente y negro, murmuraba un pinar. El señor Matías sacó disimuladamente su reloj del bolsillo y lo ocultó en la caña de la bota.

Una noche atravesamos una ciudad donde los faroles de la calle tenían una luz jovial, desusada y brillante, como yo nunca la había visto, en forma de tulipán abierto. En la casa donde nos apeamos, el criado, llamado Gonzálvez, conocía al señor Matías; después de servirnos los bisteks, quedó familiarmente apoyado en la mesa, con la servilleta al hombro, contando cosas del señor barón y de la inglesa del señor barón. Cuando nos retiramos á nuestro dormitorio, alumbrados por Gonzálvez, pasó á nuestro lado, en el corredor, una señora alta y blanca, produciendo al andar un rumor fuerte de sedas y esparciendo al andar un aroma de almizcle. Era la inglesa del señor barón. Despierto, por el ruido de cerraduras, en mi catre de hierro, yo pensaba en ella rezando avemarías. Nunca me había rozado cuerpo tan bello, de un perfume tan penetrante; era llena de gracia, el Señor estaba con ella, y pasaba, bendita entre las mujeres, con un rumor de sedas claras.

Después partimos en un coche, que tenía las armas reales pintadas en la portezuela, y rodaba, recto, por una carretera lisa al trote fuerte y pesado de cuatro caballos gordos. El señor Matías, con los pies en babuchas y tomando un polvo de rapé, me decía, señalando aquí y allá, el nombre de una población anidada en torno de una iglesia vieja, en la frescura de un valle. A veces, cuando nos anochecía en una cuesta, las ventanas de una vivienda silenciosa brillaban con un fulgor de oro nuevo. El coche pasaba; la casa quedaba siempre adormecida entre los árboles: á través de los vidrios empañados, yo veía lucir una estrella: era Venus. En la alta noche tocaba una corneta y entrábamos atronando las calzadas en una villa adormecida. Allá lejos, en el portal del parador, se movían silenciosamente linternas amortiguadas. En

Reliquia—2

el primer piso, en una sala caliente, con la mesa llena de platos humeaba la comida; los pasajeros, ateridos bostezaban sacándose los guantes de gruesa lana: yo sorbía mi caldo de gallina, adormilado y sin apetito al lado del señor Matías, que conocía siempre á algún mozo y preguntaba por el doctor delegado, ó quería saber cómo iban los asuntos de la casa.

Al fin, un domingo, de mañana, en medio de una llovizna, nos detuvimos ante un caserón situado en una calle llena de lodo. El señor Matías me dijo que era Lisboa; y envolviéndome bien en mi manta, me sentó al extremo de un banco, en el fondo de una sala húmeda, donde había muchos equipajes y grandes banastas de hierro. Una campana lenta tocaba á misa: por delante de la puerta pasó una compañía de soldados con las armas bajo los capotes de hule. Un hombre cargó con nuestros baúles; montamos en un coche de punto, y yo me adormecí sobre el hombro del señor Matías. Cuando me despertó, colocándose en el suelo, estábamos en un patio triste, empavimentado de piedra menuda, con bancos pintados de negro. En la escalera, una moza gorda cuchicheaba con un hombre de hopa encarnada que traía colgado del cuello, descansando sobre el pecho, un cepillo de las ánimas. La moza era Vicenta, la criada de mi tía Patrocinio. El señor Matías subió los peldaños de la escalera conversando con ella y llevándome tiernamente cogido de la mano. En una sala forrada de papel oscuro, hallamos á una señora muy alta, muy seca, vestida de negro y con una cadena de oro al pecho. Las puntas de un pañuelo rojo, atado á la barbilla, le caían como una cresta lúgubre sobre la frente: en el fondo de aquella sombra negreaban los anteojos ahumados. Por detrás de la dama, en la pared, una imagen de Nuestra Señora de los Dolores miraba hacia mí con el pecho traspasado de espadas.

—Esta es la tía—me dijo el señor Matías.—Es necesario hacerse agradable á la tía. Es necesario decir siempre que *si* á la tía.

Lentamente, con trabajo, ella bajó la cara, consumida y verdinegra. Y sentí un beso vago, de una frialdad de piedra, y la tía se incorporó enojada.

—¡Ay, Vicenta, qué horror! Creo que le han puesto aceite en el pelo.

Asustado, con el hociquillo trémulo, alcé los ojos hacia ella, y murmuré:

—Sí, tía.

Entonces el señor Matías alabó mi genio y formalidad en la litera, la limpieza con que comía en la mesa de los paradores.

—Está bien,—rosmó la tía secamente.—Era lo que faltaba; portarse mal sabiendo lo que yo hago por él. Ande, Vicenta, llévele para allá adentro... Lávele esa cabeza, mire si sabe hacer la señal de la cruz...

El señor Matías me dió dos besos muy sonoros. Vicenta me llevó consigo para la cocina. Por la noche me vistieron el traje de pana: Vicenta, muy seria, con delantal blanco, me condujo de la mano á una sala con grandes cortinones de damasco escarlata: los pies de las consolas eran dorados como las columnas de un altar. La tía estaba sentada en el centro de un canapé, vestida de seda oscura, con una cofia de encajes negros y los dedos resplandecientes de anillos. A uno y otro lado, en sillas también doradas, estaban dos eclesiásticos que conversaban con la tía. Uno de ellos, risueño, con cabellos dorados y blancos, abrió los brazos y me estrechó paternalmente. El otro, moreno y triste, murmuró paternalmente:

—Buenas noches.

Desde la mesa donde hojeaba un gran libro de estampas, un hombre pequeño y de cara afeitada me dió la bienvenida dejando caer los espejuelos que cabalgaban sobre su nariz. Cada uno de ellos, vagarosamente, me preguntó mi nombre, que yo pronunciaba *Tedrico*. El otro, más amable, mostrando los dientes frescos, me aconsejó que separase las sílabas, diciendo *Te-o-do-ri-co*. Después me encontraron parecido con mi madre en los ojos. La tía suspiró dando gracias á Dios porque

no me parecía en nada á los Raposos. Y el sujeto que hojeaba el libro de estampas, lo cerró, después cerró los espejuelos, y tímidamente quiso enterarse de si traía el recuerdo de Viana. Yo murmuré atortolado:

—Sí, tía.

Entonces el más amable de los eclesiásticos me atrajo hacia sus rodillas recomendándome que fuese temeroso de Dios, formal en casa y obediente siempre á la tía...

—Teodorico no tiene nadie en el mundo más que á la tía. Es necesario decir siempre que sí á la tía.

Yo repetí encogido.

—Sí, tía.

La tía, severamente, me mandó que quitase el dedo de la boca. Después me dijo que volviera para la cocina al lado de Vicenta, siempre seguido por el corredor...

—Al pasar por delante del oratorio, donde está la luz y la cortina verde, arrodíllate y haz la señal de la cruz.

No hice la señal de la cruz, pero levanté la cortina y el oratorio de la tía me deslumbró prodigiosamente. Las paredes estaban todas revestidas de seda roja, con recuerdos enternecedores, orlados por guirnaldas: contaban los trabajos de Dios Nuestro-Señor. Los encajes del paño del altar rozaban el suelo alfombrado: los santos de marfil y de madera, con aureolas lustrosas, vivían en un bosque de violetas y de rojas camelias. A la luz de las velas de cera, brillaban las vinagreras de plata arrimadas á la pared, nobles, suntuosas y en reposo, como broqueles de santidad; y clavado en su cruz de palo negro, bajo un dosel, Nuestro Señor Jesucristo relucía: era todo de oro.

Me llegué muy despacio hasta el almohadón de terciopelo verde colocado ante el altar y en el cual habían dejado su huella las piadosas rodillas de mi tía. Alcé hacia Jesús Crucificado mis lindos ojos negros; y quedé inmóvil, pensando que en el cielo los ángeles, los santos, Nuestra Señora, y el Padre

Eterno, debían ser así, de oro, y tal vez tachonados de pedrería: su brillo formaba la luz, y las estrellas eran los puntos más vivos del metal precioso que transparentaba á través de los velos negros en que se los envolvía á la noche para dormir.

Después del té, Vicenta, la criada, me fué á acostar en una alcobita inmediata á su cuarto. Me hizo arrodillar en camisa, juntó mis manos, y alzó mi cara hacia el cielo. Me dictó el padrenuestro que me correspondía rezar por la salud de mi tía, por el reposo de mi madre y por el alma de un comendador que había sido muy bueno, muy santo, muy rico, y que se llamaba Godiño.

*

Apenas cumplí nueve años, mi tía me mandó hacer camisas, un traje de paño negro y me colocó como interno en el colegio de los Isidoros, entonces en Santa Isabel.

Desde las primeras semanas trabé amistad muy estrecha y tierna con un muchacho llamado Crispín, de más edad que yo, hijo de la firma *Téllez, Crispín y Compañía*, dueños de la fábrica de hilados de Pampulla. Crispín ayudaba á misa todos los domingos; y de rodillas, con sus cabellos largos y dorados, hacía recordar la suavidad de un ángel. A veces me agarraba en el corredor y me sofocaba la cara, que yo tenía femenina y flaca, con besos devoradores; por la noche, en la sala de estudios, mientras hojeábamos los soporíferos diccionarios, me pasaba cartas escritas con lápiz, llamándome su «idolatrado» y prometiéndome cajas de plumas de acero.

El viernes era el desagradable día de lavarnos los pies. Tres veces por semana, el grasiento padre Soares venía con el mondadientes en la boca á interrogarnos sobre la doctrina cristiana y contarnos la vida del Señor.

—Después de azotarle, lleváronle arrastrando á casa de Caifás... ¡Eh! Aquel del extremo del banco... ¿quién era Caifás?... ¿No lo sabe? A ver aquel

otro... ¿Tampoco? ¿Por qué no atienden á la explicación, cabezudos? Caifás era un judío, y de los peores.

La campana de recreo sonaba, y todos á un tiempo y ruidosamente cerrábamos la cartilla.

El húmedo y triste patio de recreo, cubierto de serrín, olía mal á causa de la vecindad de las letrinas; y el regalo para los más crecidos era echarse un cigarrillo á escondidas en una sala terrena donde, los domingos, el maestro de danza, el viejo Cavinetti, rizado y con zapatos escotados, nos enseñaba mazurkas.

Una vez al mes, Vicenta venía á buscarme después de misa para pasar el domingo con la tía. Isidoro menor, antes de que yo saliese, me examinaba siempre oídos y uñas y muchas veces, en su misma palangana, me daba una furiosa enjabonada, llamándome por lo bajo *grasiento*. Después me conducía á la puerta, me hacía una caricia llamándome su querido amiguilo, y por Vicenta mandaba sus respetos á la señora doña Patrocinio de las Nieves.

Nosotros vivíamos en el Campo de Santa Ana. En el camino yo me paraba siempre en una tienda de estampas, delante de lánguido cuadro de una mujer rubia, con los pechos desnudos, recostada en una piel de tigre y sustentando en la punta de sus dedos, mas finos que los de Crispín, un pesado hilo de perlas. La claridad de aquella desnudez me hacía pensar en la inglesa del señor barón: aquel aroma que tanto me perturbaba en el corredor de la posada, volvía á respirarlo esparcido en la calle llena de sol, por las sedas de las señoras que subían á oír la misa de Loreto, encorsetadas y graves.

Una vez en casa, mi tía me alargaba su mano para que se la besase: yo permanecía toda la mañana hojeando volúmenes del «Panorama Universal», en la sala pequeña donde había un sofá de reps, un armario tallado de madera negra y litografías en color, con tiernos pasajes de la vida de su santo favorito, el patriarca San José. Mi tía, sentada á la ventana, por detrás de los vidrios,

con los pies envueltos en una manta, examinaba prolijamente un gran cuaderno de cuentas.

A las tres, cerraba el cuaderno y comenzaba á preguntarme la doctrina. Diciendo el credo, salmodiando los mandamientos, yo percibía su olor á rapé rancio.

Los domingos venían á comer con nosotros los dos eclesiásticos. El del cabello rizado era el P. Casimiro, procurador de la tía. Me daba alegres abrazos y me invitaba á declinar *arbor árboris, currus-currus*, proclamándome con cariño *talentazo*. El otro eclesiástico elogiaba el colegio de los Isidoros, hermosísimo establecimiento de educación como no lo había ni en Bélgica. Se llamaba el padre Piñeiro. Cada vez me parecía más moreno y más triste. Cada vez que pasaba por delante de un espejo sacaba la lengua y allí se quedaba contemplándola, estudiándola con desconfianza y angustia.

A la comida, el padre Casimiro se complacía al ver mi apetito.

—¿Un poquito más de la ternera guisada? A mí me gustan los muchachos alegres y de buen diente.

Y el padre Piñeiro, palpando el estómago:

—Feliz edad, feliz edad en que se puede repetir de la ternera.

El y la tía hablaban entonces de enfermedades. El padre Casimiro, con la servilleta atada al cuello, el plato lleno y la copa llena, sonreía beatíficamente.

Quando, en la plaza, entre los árboles, comenzaban á lucir los faroles de gas, Vicenta se ponía su chal viejo de cuadros y me llevaba al colegio. A esa hora, los domingos, llegaba á casa de mi tía, el sujeto de la cara afeitada, que era el señor José Justino, secretario de la cofradía de San José. En el patio, sacándose ya su gabán, me hacía una fiesta y preguntaba á Vicenta por la salud de doña Patrocinio. El entraba, nosotros salíamos y cerrábamos el pesado portón. En la calle respiraba con libertad: aquel caserón me entristecía con sus damascos bermejos, sus santos innumerables y su olor á capilla.

Por el camino, Vicenta me hablaba de la tía, á la cual llevaba seis años sirviendo. De esta manera fuí enterándome de que la tía padecía del hígado; que tenía mucho dinero en oro en una bolsa de seda verde; que el comendador Godiño, tío de ella y de mi madre, le dejara doscientos mil duros en fincas y la granja del Mosteiro, cerca de Viana, y vajillas de plata y de lozas de la India... ¡La tía era muy rica! ¡Era necesario ser siempre bueno y agradar siempre á la tía!

A la puerta del colegio, Vicenta me decía:

—Adiós, señorito.

Y me daba un gran beso. Muchas veces, de noche, abrazando á la almohada, yo pensaba en Vicenta y en los brazos que la había visto arremangados, gordos y blancos como la leche. Así fue naciendo en mi corazón, púdicamente, una pasión por Vicenta.

Un día, un muchacho, ya crecido, me llamó en el recreo *lameplatos*. Le desafié para las letrinas y le ensangrenté la cara con un puñetazo bestial. Desde entonces fuí respetado y fumé cigarros. Crispín había salido de los Isidoros; yo ambicionaba saber jugar la espada; mi grande amor por Vicenta desapareció un día insensiblemente, como una flor que se pierde en la calle.

Así fueron pasando los años: por las vísperas de Navidad se encendía un brasero en el refectorio; yo colgaba mi abrigo forrado de bayeta y ornado con un ribete de astrakán; después llegaban las golondrinas que anidaban en nuestro tejado; en el oratorio de mi tía, en lugar de las camelias, grandes ramos de claveles bermejos perfumaban los pies dorados de Jesús; después era el tiempo de los baños de mar; el padre Casimiro mandaba á la tía un canastillo de uvas de su quinta de Torres... Yo comencé á estudiar retórica.



Un día, nuestro buen procurador nos dijo que no volvería más á los Isidoros. Debía acabar los

estudios preparatorios en Coimbra, en casa del doctor Roxo, pasante de teología. Me hicieron ropa blanca. La tía me dió escrita en un papel una oración para que diariamente la rezase á San Luis Gonzaga, patrono de la juventud estudiantil, y que debía conservar en mi cuerpo la frescura de la santidad y en mi alma el miedo del Señor. El padre Casimiro me llevó á la ciudad graciosa donde dormía Minerva. No tardé en detestar al doctor Roxo. En su casa sufrí vida dura y claustral; así que, recibí un inefable placer cuando, en mi primer año de Derecho, el desagradable eclesiástico murió miserablemente de un ántrax. Pasé entonces al divertido hospedaje de las Pimientas y allí conocí y gusté sin moderación todas las independencias y las fuertes delicias de la vida. Nunca más volví á murmurar la oración de San Luis Gonzaga, ni doblé mi rodilla viril ante imágenes con aureola en la cabeza. Harté la carne con sabrosos amores en el *Terreiro da Herva*; vagué á la luz de la luna cantando *fados*, usaba garrote; y como la barba me salía espesa y negra, acepté con orgullo el apodo de *Raposón*. Todos los quince días, sin embargo, enviaba á la tía una carta humilde, piadosa y de buena letra, donde le contaba la severidad de mis estudios, el recato de mis costumbres, los muchos rezos y los rígidos ayunos, los sermones de que me nutría y los dulces desagrazos al Corazón de Jesús, y las novenas con que se consolaba mi alma en Santa Cruz, las pocas horas que tenía de descanso los días de trabajo.

Los meses de verano en Lisboa eran, después, harto dolorosos. No podía salir, ni siquiera á cortarme el pelo, sin implorar de la tía un permiso servil. No me atrevía á fumar después del café. Debía recogerme virginalmente al anochecer: y antes de acostarme me era forzoso rezar con la vieja un largo trisagio en el oratorio. Yo mismo me condenara á esta detestable devoción.

—¿Tú allá en Coimbra acostumbrabas rezar el trisagio?—me preguntara con desconfianza mi tía.
Y yo, sonriendo abyectamente;

—Vaya unas cosas que tiene usted. No puedo dormirle sin haber rezado mi trisagio.

A los domingos continuaban las partidas. El padre Piñeiro, más triste que nunca, ahora se quejaba del corazón y un poco también de la vejiga. Había otro comensal, viejo amigo del comendador Godiño; se llamaba Margaride. Vivía jubilado, sin otra ocupación que leer los periódicos. Como había conocido á mi padre y muchas veces me acompañara al Mosteiro, me trató desde luego con autoridad.

Era un hombre corpulento y solemne, ya calvo, con una cara lívida, donde se destacaban las cejas, junlas, espesas y negras, como trazadas con carbón. Raras veces penetraba en la sala sin dar ya desde la puerta una noticia pavorosa.

—¿No saben nada? Un incendio horrible.

Apenas si se trataba de una humareda en una chimenea. Pero el buen Margaride, que siendo joven, en un sombrío acceso de imaginación había compuesto dos tragedias, conservaba ese gusto malo de exagerar y de impresionar. Muchas veces le he oído decir:

—Nadie como yo saborea lo grandioso.

Y siempre que conseguía aterrar á los sacerdotes y á mi tía, tomaba gravemente un polvo de rapé.

A mí me gustaba la compañía del doctor Margaride. Camarada de mi padre en Viana, le había oído cantar muchas veces, acompañándose del violón, la tonadilla del conde Ordoño. Además de eso, y en mi misma presencia, alababa francamente á la tía mi talento, mi circunspección y mis modales.

—Nuestro Teodorico, doña Patrocinio, es mozo para tenerla á usted contenta.

Yo bajaba los ojos con modestia.

Precisamente, paseando con el doctor Margaride en el Rocío, un día de Agosto, fué cuando conocí á un pariente lejano, primo del comendador Godiño. El doctor Margaride me lo presentó diciendo apenas:

—Tu primo Javier, muchacho de grandes dotes. Era un hombre encorvado, de bigote rubio, que

había sido galante, y derrochara furiosamente treinta mil duros, heredados de su padre. El comendador G. Godiño, meses antes de morir, le había recogido por caridad y colocado en la secretaría de Justicia con veinte duros al mes. Actualmente Javier vivía con una española llamada Carmen y tres hijos de ella, en una bohardilla de la calle de la Fe.

Un domingo fuí á verle. Casi no había muebles. Javier toda la mañana había estado esputando sangre. La española, despeinada, de chinelas, arrastrando la cola de una bata de estameña manchada de vino, se paseaba por el cuarto adormeciendo á un niño envuelto en trapos y con la cabeza cubierta de heridas.

Inmediatamente Javier, tratándome de tú, me habló de la tía Patrocinio. Era su única esperanza en aquella sombría miseria. Sierva de Jesús, propietaria de tantas fincas, la tía Patrocinio no podía dejar á un pariente, á un Godiño, morir en aquella guardilla, sin sábanas, sin tabaco, con los hijos en derredor, vestidos de harapos, y llorando por pan. ¿Qué le costaba á la tía Patrocinio señalarle, como ya lo hiciera el Estado, una mensualidad de veinte duros?

—Tú eres quién le debías hablar, Teodorico, tú eres quién debías decírselo. Mira esos niños; ni medias tienen. Ven acá tú, Rodrigo, dile al tío Teodorico qué comiste hoy al almuerzo... Un pedazo de pan de ayer y sin manteca, sin nada más. Esta es nuestra vida, Teodorico. Mira que es duro.

Enternecido, prometí hablar á la tía.

¡Hablar á la tía! Ni siquiera osaría contarle que conocía á Javier y que había entrado en aquella guardilla impura, donde habitaba una española enflaquecida en el pecado.

Y para que ellos no advirtiesen mi innoble terror de la tía, no volví por la calle de la Fe.

Hacia mediados de Septiembre, el día de la Natividad de Nuestra Señora, supe por el doctor Barroso que el primo Javier, casi moribundo, quería hablarme en secreto.

Fuí allí por la tarde, contrariado. En la escalera

olía á fiebre. En la cocina, Carmen hablaba entre sollozos con otra española flaca, de mantilla y traje de satén, raído y triste. En la alcoba, Javier, arrebujado en un cobertor, con la palangana á la cabecera de la cama, llena de esputos sanguinolentos, tosía desesperadamente:

—¿Eres tú, muchacho?

—¿Qué es eso, Javier?

El me dió á entender con una frase obscena que estaba perdido. Y estirándose de espaldas, con un brillo seco en los ojos, me habló de la tía. Háblale escrito una carta capaz de desgarrar el corazón: la fiera no había respondido. Ahora iba á mandar á el *Diario de Noticias* un anuncio, implorando una limosna en esta forma: «Javier Godiño, primo del rico comendador G. Godiño, etc., etc.» Quería ver si doña Patrocinio de las Nieves dejaba así, á un pariente, implorar públicamente la caridad en las páginas de un periódico.

—Pero es necesario que tú me ayudes, que la enternezcas. Cuando ella lea el anuncio, cuéntale tú esta miseria. Háblale al corazón. Dile que es una vergüenza dejar morir en semejante abandono á un pariente, á un Godiño. Dile que ya se murmuraba. Mira tú, si hoy he podido tomar un caldo, ha sido porque esa muchacha, la Lolita, que está en casa de Benita la Vejigosa, nos trajo cuatro pesetas... Mira tú á lo que he llegado.

Me levanté conmovido.

—Cuenta conmigo, Javier.

—Hazme un favor. Si tienes un duro que no te haga falta, dáselo á Carmen.

Se lo dí á él, y salí prometiéndole que hablaría á la tía, en nombre de los Godiños y en nombre de Dios.

Al otro día, después del almuerzo, mi tía, con el mondadientes en la boca, desdobló el *Diario de Noticias*. Ciertamente halló pronto el anuncio de Javier, porque quedó largo tiempo contemplando una columna de la tercera página donde el anuncio negreaba aflictivo y vergonzoso. Entonces me pareció ver vueltos hacia mí, desde el fondo

de la guardilla, los ojos aflictivos de Javier, y la faz amarillenta de Carmen, húmeda de llanto, y las pobrecitas manos de los niños esperando una corteza de pan... Todos aquellos desgraciados confiaban en las palabras que debía yo dirigir á la tía, palabras fuertes, conmovedoras, destinadas á salvarlos y procurarles el primer pedazo de carne en aquel verano de miseria. Abrí los labios; pero ya mi tía, recostándose en la silla, murmuraba con una sonrisa feroz:

—Que se aguante... Es lo que sucede al que no tiene temor de Dios y se mete con borrachos... Que no se lo hubiese gastado todo en vicios... Para mí, hombre que anda tras de las faldas, que se pierde por ellas, acabó... No tiene perdón de Dios, ni lo merece. Que sufra, que sufra, que también Nuestro Señor Jesucristo sufrió por nosotros.

Bajé la cabeza y murmuré:

—¡Y aún no sufrimos bastante!... ¡Cuánta razón tiene usted, tía! Que no se metiese en faldas.

Mi tía se levantó, cruzó las manos y dió las gracias al Señor. Yo entré en mi cuarto y cerré la puerta, todo trémulo, sintiendo aún, terribles, recelosas y amenazadoras, las palabras de la tía para quien los hombres acababan cuando se metían con faldas. También yo me había metido con faldas en Coimbra, en el Terreiro da Herva. Allí, en mi baúl, tenía los documentos del pecado, la fotografía de Teresa dos Quince, una cinta de seda y una carta de ella, la más dulce, en la cual me llamaba *único afecto de su alma*, y me pedía dieciecho pesetas. Había cosido tales reliquias dentro del forro del chaleco de paño, recelando las incansables rebuscas de la tía entre mi ropa blanca. Pero lo cierto es que allí estaban, en el baúl, del cual la tía guardaba la llave, cosidas dentro del chaleco, haciendo una dureza de cartón que cualquier día podían palpar sus dedos desconfiados... ¡Desde aquel momento yo acabaría para ella!

Abrí el baúl, descosí el forro, saqué la carta deliciosa de Teresa, la cinta que conservaba el aroma de su piel y su fotografía: en el alféizar de

la ventana, sin piedad, lo quemé todo, amabilidades y fingimientos; y aventé desesperadamente las cenizas de mi ternura.

En aquella semana no osé volver á la calle de la Fe. Después, un día que lloviznaba, fuí al anochecer, encogido bajo mi paraguas. Un vecino, viéndome examinar desde lejos las ventanas negras y muertas de la bohardilla, me dijo que el señor Godiño había sido llevado al hospital en una camilla.

Di la vuelta tristemente y en el crepúsculo húmedo, habiendo rozado bruscamente con otro paraguas, oí de repente mi nombre de Coimbra lanzado con alegría:

—¡Oh, Raposón!

Era Silverio, un antiguo discípulo y compañero en casa de las Pimientas. Acababa de llegar del Alentejo, donde había pasado un mes en casa de un tío, un ricachón ilustre, el barón de Alconchel. Ahora, ya de vuelta, me contó que iba á ver á una tal Ernestina, muchacha rubia, que vivía en el Salitre.

—¿Quieres venir allá un rato, Raposón? Vive con ella otra muchacha muy bonita, la Adelina... ¿Tú no conoces á la Adelina? Pues, anda: ven á verla... Es una gran mujer.

Aquel día era domingo, noche de partida en casa de mi tía. Yo debía recogerme religiosamente á las ocho de la noche. Me rasqué la barba indeciso. Mi compañero, á quien llamábamos de apodo en *Requebrador*, me habló de la blancura de los brazos de Adelina: comencé á caminar al lado del *Requebrador* poniéndome los guantes negros.

Unidos, con un cartucho de pasteles y una botella de Madera, entramos en casa de Ernestina: la encontramos cosiéndose un elástico de las botas. Adelina, echada sobre el sofá, con la chambra y enaguas blancas y las chinelas caídas sobre la alfombra, fumaba un cigarrillo. Me senté á su lado, conmovido y un poco avergonzado, con mi paraguas entre las rodillas. Solamente cuando Silverio y Ernestina salieron abrazados en busca de

copas para el Madera, osé preguntar á la muchacha:

—¿De dónde es usted?

Era de Lamego. Yo, más atortolado que antes, sólo acerté á decir que era triste aquel tiempo de lluvia. Ella me pidió otro cigarro cortésmente, llamándome *caballero*. Aprecié tales formas. Las mangas holgadas de su chambra descubrían unos brazos tan blancos y tan bien hechos, que, entre ellos, la misma Muerte debía ser agradable.

Y le ofrecí el plato donde Ernestina colocara los pasteles. Ella quiso saber mi nombre. Tenía un sobrino que también se llamaba Teodorico; y esto fué como un hilo sutil y fuerte que de su corazón vino á enroscarse en el mío.

—¿Por qué no deja usted su paraguas en un rincón?—me dijo ella riendo.

El brillo picante de sus dientes menudos hizo abrir dentro de mi pecho un capullo de madrigal.

—Es para no alejarme ni siquiera un instante del lado de usted.

Ella me hizo una cosquilla lenta en el pescuezo. Embobado de gozo, bebí el resto de Madera que ella dejara en la copa. Adelina, volviéndose lánguidamente, me levantó el rostro, y mis labios encontraron los suyos con el beso más serio, más sentido, que hasta entonces conmoviera mi ser. En aquel instante un reloj comenzó á dar las diez, falso, irónico, lento.

¡Dios mío, era la hora del té en casa de la tía!

Con qué terror, sin abrir siquiera el paraguas, me lancé á la calle. Llegué jadeante y ni siquiera me quité las botas llenas de lodo. Enfilé derecho para la sala: allá, al fondo, en el sofá de damasco, distinguí los anteojos negros de mi tía fijos en la puerta, esperando por mí. Todavía balbuceé:

—Tía...

Pero ya ella gritaba, verdeante de cólera, sacudiendo los puños:

—¡Relajaciones en mi casa no las admito! El que quiera vivir aquí, ha de estar á las horas que yo marco. El que no se avenga á ello, tiene la puerta abierta.